

buscando recuerdos,
pálido celaje en la enramada
del Arte cuando voy tocando
tu cuerpo
de pálida mortaja asonantada
cuando voy tañendo
 tu intelecto,
tocando
el órgano sonoro en la palabra,
tu verbo desde el ser lanzado al mundo,
la cripta que atesoras en mi verso.

¡Qué trágico placer
arder **en cada tumba**
como arde mi pasión sobre tu fuego.

Fuego errante,
nacarado plectro contra el tiempo,
fénix que se vuelve a sus cenizas
y desde las cenizas
vuelve
nuestro buque en fuego.

Seducen la mirada los altares,
orgasmo la mirada en mis museos,
muere el Arte
por nunca convocarte,
por nunca provocarte
ni darte
el Arte en la escalera de Romeo;
se obstina tu silencio en la palabra,
se asechan los efebos en el templo,
se vuelve a ser esclavo de las alas
y en este laberinto no hay Teseo...

¡Debajo de mi sed ya derretidos
los élitros del ángel pervertidos
se alargan como el hilo del **deseo**.

El ángel preterido
herido, muerto solo,
ser que se derrite
en Ícaro de fuego;
sed que se desborda
del mar que llevo adentro
y en ese mar Tú solo
como una sola isla que amenaza al Tiempo;
sílabas de carne ya expedita
en el mirar, el oro
de la segada espiga
(cegada en el oído la palabra)
que alguna vez amaron los apolos
triumfantes sobre el Sol de la serpiente
atenta a las preguntas
del efebo de rosas decadentes.

Mar abajo, con sus alas, olas
de mármol derretido,
cera estulta,
como el hombre solo contra el mundo,
como si las palabras una vida ahita
pudieran contener, un vellocino
colgando todavía en tu mirada
que vuelve a rescatarme de la tumba
–si me lees–
contra la senectud encabritada.